

PRÓLOGO

Este libro todavía tiene la forma de la clase de libros que escriben los escultores.

El libro se divide en tres partes. Las dos primeras son sendas aproximaciones de la escritura a la escultura y viceversa. La tercera son sueltos de un libro en forma de novela que no versa sobre la escultura titulado: *La ida de Manuel Sánchez del Río en nueve libros*.

La primera parte, **Esculturas por escrito**, tiene un subtítulo que a modo de cita dice: **“En breve le enviaré treinta y tres esculturas por escrito”**.

Esto es lo que contesté a mi marchante estando ya anunciada una exposición de mis esculturas en su galería de arte. El marchante reclamaba tenerlas de inmediato. Habíamos acordado que, además de las obras con las que ya contaba en depósito, yo haría otras treinta y tres. Treinta y tres esculturas que podían variar de tamaño pero que serían, claro está, de bulto. Como no las tenía hechas todavía, para ganar tiempo y salir del paso, se me ocurrió contestar que las enviaría por escrito, dando a entender que a cada escultura terminada le correspondía un texto. Confiaba en que de momento, con esta respuesta, no seguiría reclamando los bultos. Imaginé que no querría parecer impaciente o desconfiado. Pensaba también que la opinión tan contemporánea, tan extendida y tan unánime contra los objetos, obraría en mi favor. Creí que de momento aceptaría los textos. Cierto que las esculturas ni terminadas podrían parecerse a los escritos. Pero los escritos les daba carta de naturaleza, una existencia virtual. Los textos tampoco estaban escritos, pero confiaba en los poderes extraordinarios que las fechas límites dotan a los artistas. Pensé, además, que si una vez escritos y enviados los textos, no se conformaba y seguía exigiendo las obras, podría contestarle fingiendo una gran indignación, en un tono airado, un tanto convulso --- el propio de un artista apasionado y de talento --- contra las miserias de los parecidos (usaría la palabra “*mimesis*”), contra la descripción, la taxonomía, y otras que se me fueran ocurriendo. No fue necesario. Lo cierto es que me hubiera gustado contestarle la verdad: “Voy a hacerlas por escrito”. Pero ni el comercio ni la profesión me lo permitieron. Tampoco tuve el valor de decírselo. Pero gané tiempo, y en el tiempo que gané pude al menos escribir los treinta y tres primeros escritos, uno por cada escultura. Se los envié y me contestó que al menos ya tenía algo, aunque hubiera preferido unas fotos y que con los escritos podía hacer poco en el espacio.

Hace tiempo que se generalizó el uso de la palabra “espacio” entre los profesionales del arte. Esta vez, por alguna razón, la palabra “espacio” resonó de un modo inesperado y nuevo. El uso de las palabras implica unos riesgos, unos riesgos que generalmente se ven compensados por la eficacia instrumental de la palabra. Tratando con artistas el riesgo se multiplica exponencialmente porque los artistas a menudo encuentran la manera de realizar en palabras las ideas. Este es el riesgo que corrió mi marchante. Me dio una idea y yo me encontré con una tira de palabras que no pude detener: si afirma que hay espacio dentro, dentro de la galería, afirma necesariamente que en su espacio hay un espacio visible. De modo que, aunque el espacio de la galería esté vacío, siempre que lo abra, el espacio se hará visible. Luego en la galería siempre hay algo que ver, aunque solo sea el espacio que se ve cuando el marchante abre la galería. La extrañeza del pensamiento, apuntando a una suerte de extinción de todos los objetos con el fin de no reduplicar el contenido visible del espacio y salvar de paso la pureza del vacío, me llevó a una pregunta envenenada: ¿por qué no hacer las obras invisibles? Dudé ante una objeción imaginaria del marchante, pero me dije aliviado: claro que sí se puede comerciar con obras invisibles. Entonces, ¿qué me impide hacerlas invisibles?

Reconozco que este revuelo de ideas debió de frenar la ejecución de las obras ya por entonces, aunque no fuera tan consciente como ahora de la situación, de lo que había variado mi propia relación con el espacio. Ahora sí puedo decir la verdad. Confío en que los lectores me liberen de hacerlas, por lo menos de aquellas que prometí hacer visibles. El marchante lo hizo, *de facto*, al despedirme.

De la primera parte no tengo más que decir, excepto que los textos están escritos para leerse. Aunque --- estando escritos --- también podrían verse en el espacio de la galería.

La segunda parte se llama **Formularios** y se subtitula “**Rellene un formulario por cada escultura**”.

Con estos escritos sucedió lo contrario. El marchante tenía las esculturas en depósito, listas para exponerlas en el segundo espacio de la galería. Ya las conocía pero volvió a revisarlas, una por una. Me telefoneó. Fue sincero y me confesó que se había preguntado qué eran, en qué consistían, qué significaban. La verdad es que me cogió desprevenido y no se me ocurrió otra salida (esta vez sin éxito) que reclamar “unas buenas preguntas”. No me sirvió de nada porque no tardó en enviarme 24 formularios impresos con preguntas, apartados y casillas. De modo que ahora que no quería escribir las esculturas tuve que hacerlo. De nuevo mis compromisos con la profesión, mi palabra y el comercio me obligaban. Que una vez cumplimentados y reenviados los formularios mi marchante confesara “ahora entiendo todavía menos”, no evitó la existencia de los escritos además de las esculturas, aunque el eslabón --- siempre según mi marchante --- o no existía o los escritos no acertaban a abrir una vía a la comprensión de las obras. Lo peor fue lo que siguió: no aclarando los escritos el significado de las esculturas, una lógica implacable, que se activaba con cada relectura del marchante, sumergía un poco más a las esculturas en la indiferencia. Un fenómeno que me recordaba la situación del caballo que se hundía sin remisión en el desierto de Arizona, tras caer en un charco de arenas movedizas. Si hacía por liberarse, aparte de ser inútil, aceleraba el hundimiento. No resistiéndose parecía que se estabilizaba. Sin embargo, la pasividad hacía del proceso (el hundimiento) un fenómeno más inexorable todavía. Lo que le sucedía a mi marchante con las esculturas se asemejaba a lo que sufría el caballo, con la única diferencia que el cuerpo del caballo y el caballo eran inseparables. Cada vez que el marchante sacaba las esculturas del almacén para promocionarlas de palabra “como auténticas primicias” y las devolvía al almacén, el proceso progresivo de indiferencia que padecían las obras se aceleraba. Si no las mostraba el mismo proceso se hacía más inexorable aún. Cuando me aconsejó que atendiera “a lo mío” recordé un juicio equivalente de un crítico de arte que localizaba “lo mío” en un punto determinado por él mismo. Desde entonces nadie volvió a verme ahí. De nuevo se trataba de hacer “lo mío”.

El día de la inauguración se acercó inexorablemente a la fecha límite que el marchante me había dado de plazo. Llegó el día y cumplió su palabra. La suspensión *sine die* no dejó de surtir efecto, pues me ayudó a tomar una decisión que ya estaba barruntando desde hacía tiempo: buscar un empleo, ingresar en la Universidad y titularme en la facultad de Ciencias de la Información. En la Facultad supe de Manuel Sánchez del Río. Luego le conocería y finalmente pude darle a leer los formularios. Su influencia, más que sus comentarios (nunca los hizo), me llevó a variar los contenidos y a modificar las propias preguntas. Los nombres de las esculturas no desaparecieron del todo, quedaron insertas en los textos como los esqueletos fósiles en los estratos. Los doy en versalitas para que el lector reconozca las esculturas.

De la tercera parte, **Sueltos de Manuel Sánchez del Río**, que llega para abultar un tanto el grosor del libro, pero también para anunciar la escritura de otro dedicado íntegramente a la vida de Manuel Sánchez del Río, no puede decirse que se deba a las

esculturas. Como dice el subtítulo son *relatos, diálogos y aforismos*. Sí debo de advertir enseguida que el Ordenador, el Polígrafo y Manuel Sánchez del Río son el mismo en todos los casos. Los dos primeros son los sobrenombres más usados y los únicos que aparecen en esta parte del libro. El ordenador, por el contrario, sólo es la máquina.

Me pareció oportuno empezar la tercera parte saludando al lector con el fragmento de una conversación mantenida en la Tertulia de Coria entre dos contertulios que no están identificados todavía, pero que abren paso a la pregunta por la escritura, por la relación de ésta con el pensamiento y ambas, a su vez, con el diálogo, una forma literaria que no es necesariamente cosa de dos. La Tertulia de Coria se celebraba en el Café de la Luna, en Coria, a orillas del río Guadalquivir(59).

Le sigue otro diálogo recogido en la infancia de Sánchez del Río. Es tiempo de las grandes preguntas, el padre le arropa, no encuentra las respuestas pero la trascendencia de las preguntas que espera ver respondidas no le impide, finalmente, dormirse(60).

El profesor Crespo Lama es probablemente el que manejaba con más soltura las enseñanzas de Sánchez del Río. Tenía un don natural para la síntesis. Sintetizaba todo, fuera lo que fuera; y se había empeñado en no entretenerse en lo incomprensible o en las partes oscuras de la vida del Ordenador. Por esto mantenía frecuentes roces con Linda Goodman, la célebre astróloga, mujer por la que Sánchez del Río sentía una más que evidente debilidad. Por esto no pierde la ocasión de citar a Rafael Quiñones Blanco. Quiñones era su oponente más encarnizado respecto de prácticamente todo lo que concernía al Polígrafo. No obstante, la relación era fraternal y la lealtad entre ambos pivotaba sobre la propia rivalidad, de modo que en esta ocasión, como en tantas otras, Crespo no perdió la oportunidad de citar a Quiñones. El fragmento se refiere a un momento por determinar en el que Linda seduce a Sánchez del Río y a éste se le ve sucumbir, algo que desquiciaba a Crespo. Crespo citó a Quiñones, que se recreaba en la escena, para reforzar su opinión contraria a la relación, incluidas las visitas de la astróloga y en especial las estancias veraniegas de la Goodman en Coria, que perturbaban “¡y de qué modo!” --- decía Crespo --- la vida de la Tertulia(61).

Andres Kubusch Codali fue el asistente de configuración que Infoinsa --- un “gigante” de la informática --- envió a poner en marcha el ordenador. El ordenador no era otro que el propio Manuel Sánchez del Río, el Ordenador. La negativa de éste a arrancar es un conflicto que no abandonaría en vida al Ordenador, y la vida, a su vez, del Ordenador, apodado también el Polígrafo, duró lo que la escritura del libro intitulado *Ida de Manuel Sánchez del Río en nueve libros* (62).

Sobre el Caballo de Degas puedo decir que cada casco corría en un mundo. Por “mundos diferentes” entiendo tiempos y espacios distintos y separados. Luego cada casco, y presumiblemente cada cuarto del caballo, habría nacido en circunstancias distintas. De modo que al correr, cada casco del caballo lo hacía en su mundo. Sin embargo, la proverbial inclinación de los caballos, y en particular la de éste, llamado Aristófanes (un ejemplar único), de volver corriendo a las cuadras en cuanto podía, se infiere que en algún momento, llegando a la cuadra (coincidiendo con la quietud seguramente), una suerte de unidad habría de sobrevenirle a las cuatro patas o cuartos. Sin embargo, a Sánchez del Río --- aquí destaca la sagacidad y el ingenio inigualables del Polígrafo --- no se le escapó que con la unidad también recuperaría, aparte de la quietud, alguna forma de integridad. Pero ve más: no dice que el caballo vuelva a estar solo consigo mismo en el interior de la cuadra, bajo cobijo. Por cuadra ha de entenderse un número indeterminado de los de su especie sueltos pero en manada. Y diría más: que viendo la carrera, el Ordenador vio al pelotón llevado por una multitud de patas indistintas, lo que le llevaría a preguntarse por qué no se desviaban, por qué no

renunciaban al final de la carrera, por qué no seguían campo a través de Louisiana y aún más allá de sus fronteras, a donde les llevara la carrera y las fuerzas.

“*Poligenia*” es un neologismo que el Polígrafo propuso en su día para significar el nacimiento, o mejor la pertenencia, de todos aquellos individuos que provienen de una multitud de gentes. Y por ende, de otros tantos espacios y tiempos(63).

Del célebre coronel Shwartz, se conoce una multitud de anécdotas. Ésta, contada en su día por Sánchez del Río, se refiere, a mi entender, a los efectos de una insolación. Con “el rubio Shwartz” (así le llamaba) disputó en multitud de ocasiones respecto de casi todo. Aquí sobre la aventura colonial germana en el Magreb(64).

Clasius, Stenberg y Astínez fueron grandes astrónomos. Con Sánchez del Río observaron el cielo que cae por encima de Aldeaquemada en el mes de agosto. Pero también puede decirse que bajo los efectos del aguardiente. Conviene recordar que la ebriedad era el único estado que Sánchez del Río reconocía digno de un hombre: “Sólo olvidado soy digno de mi naturaleza, en la ebriedad del olvido, en el olvido de mi humanidad”(65).

Nunca hizo ascos a gobernar un diálogo, sino al contrario, siempre que concluyera, como en una justa literaria sin premio, en nada, en nada más que el placer de conversar. Y que al final todo lo dicho resultara deshecho porque era entonces, sólo entonces, cuando se hacía palmario que habíamos revivido, que lo que fue, si fue, fue volver(66).

Manuel Sánchez del Río ejerció multitud de oficios. En algunos con tan poco acierto como en el de ilusionista(67).

En el arte de la caligrafía se encontró con sus manos. Y al reflexionar sobre las manos con su firma. Y con la firma la línea(68).

“Ahora” --- decía con frecuencia --- “siempre es una postrimería, una creencia oculta en lo último que llega con lo nuevo”. La incredulidad le llevaba a pronunciar esta clase de discursos, a hacer estas llamadas a la amistad. Pero también a estos estados de ánimo un tanto fúnebres(69).

Jamás conseguí que me leyera(70).

Las máquinas, y por consiguiente el trabajo, siempre constituyó para Manuel Sánchez del Río una fuente de interrogantes. Con la llegada del ordenador vio que la luz atravesaba la máquina. Se resistió temiendo que fuera una manifestación de la divinidad, una prueba o una trampa. Luego se felicitó de dejarlo entrar en su vida. Desde entonces ya fue “el Ordenador”. No tardaría mucho en verse obligado a ceder al dolor físico del hombre, lo que más temía. Primero en un tramo del conducto carpiano (la muñeca), que llegaba o remitía intermitentemente. Luego a uno que llegaría para instalarse crónicamente en la región lumbar(71).

Aquí me permito reproducir una carta que le dirigí en su día. Ahora reconozco que casi es una confesión. Doy lo escrito a la imprenta con algunas correcciones (el documento lo reproduciremos en edición facsímil), pero íntegra en lo esencial porque creo que dice muy bien de la clase de influencia que podía ejercer sobre sus amigos(72).

Muy joven tuvo ocasión de frecuentar a Raskolnikov, y vivir a golpes de conciencia un trecho de vida del que no salió indemne. De esta época dijo que fue la más novelada de sus libros. Este fragmento es, de hecho, un “plan de vida”. Más tarde rectificaría pero no deja de arrojar luz sobre la vida de Sánchez del Río(73).

El profesor Martínez Cañas --- no sin esfuerzo --- consiguió una copia de la grabación que las cámaras de seguridad de la prisión hicieron de este incidente. No está contrastada (de hecho, Sánchez del Río no aparece), pero no me resisto a contar lo que vi como una anécdota y cerrar así, con este colofón, esta pequeña colección de escritos sueltos(74).